

EXCURSIÓN DEL GRIAL  
GRAIL EXCURSION

Julio/July 18-19, 2015

LECTURAS / READING

- 1) Miguel de Cervantes (2004 [1615]): *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Segunda Parte*. Barcelona: Ediciones Folio.
- 2) Juan Ruiz de Alarcón (2006 [ca. 1599]): *La cueva de Salamanca*. Barcelona: Linkgua Ediciones, 28-30, 41-47.
- 3) Enrique Gil y Carrasco (1971) [1843]: «Capítulo tercero», en *El señor de Bembibre*. Barcelona: Círculo de Amigos de la Historia, 21-28.
- 4) Ramón Cabanillas (1976 [1926]): «O Cabaleiro do Sant Grial», en *Na noite estrelecida. Sagas*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 27-35.
- 5) Leandro Carré Alvarellos (1999 [1977]): «El Santo Grial del Cebreiro», en *Las leyendas tradicionales gallegas*. Madrid: Espasa Calpe, 131-133.
- 6) José Zorrilla (1894 [1868]): «Los encantos de Merlín», en *Ecos de las Montañas*. Ilustraciones de Gustavo Doré. Barcelona: Montaner y Simón, 391-444.

## CAPÍTULO XXIII

### DE LAS ADMIRABLES COSAS QUE EL ESTREMADO DON QUIJOTE CONTÓ QUE HABÍA VISTO EN LA PROFUNDA CUEVA DE MONTESINOS, CUYA IMPOSIBILIDAD Y GRANDEZA HACE QUE SE TENGA ESTA AVENTURA POR APÓCRIFA

Las cuatro de la tarde serían, cuando el sol, entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dio lugar a don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase a sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos había visto, y comenzó en el modo siguiente:

—A obra de doce o catorce estados de la profundidad desta mazmorra, a la derecha mano, se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios o agujeros, que lejos le responden, abiertas en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo a tiempo, cuando ya iba cansado y mohíno de verme, pendiente y colgado de la sogá, caminar por aquella oscura región abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y así, determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces pidiéndolos que no descolgásedes más sogá hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oírme. Fui recogiendo la sogá que enviábades, y, haciendo della una rosca o rimerro, me senté sobre él pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quién me sustentase; y estando en este pensamiento y confusión, de repente y sin procurarlo, me saltó un sueño profundísimo; y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza ni imaginar la más discreta imaginación humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto; con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, o alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego a la vista un real y suntuoso palacio o alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal fabricados; del cual abriéndose dos grandes puertas, vi que por ellas salía y hacia mí se venía un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba; ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanésa negra, y la barba, canísima, le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz; el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron. Llegóse a mí, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego decirme: «Luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo; que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa,

O DON QUIJOTE  
A CUEVA DE  
DEZA HACE QUE  
CRIFA

abierto, con luz escasa y  
or y pesadumbre conta-  
ntesinos había visto, y  
esta mazmorra, a la de-  
ler caber en ella un gran  
squicios o agujeros, que  
ta concavidad y espacio  
e, pendiente y colgado  
zar cierto ni determina-  
poco. Di voces pidién-  
ese; pero no debistes de  
della una rosca o rime-  
ue hacer debía para ca-  
en este pensamiento y  
profundísimo; y quan-  
té dél y me hallé en la  
e criar la naturaleza ni  
los ojos, limpiémoslos, y  
todo esto, me tenté la  
ue allí estaba, o alguna  
los discursos concerta-  
tonces el que soy aquí  
o alcázar, cuyos muros  
del cual abriéndose dos  
un venerable anciano,  
e arrastraba; ceñíale los  
cubríale la cabeza una  
cintura; no traía arma  
que medianas nueces, y  
continente, el paso, la  
das juntas, me suspen-  
ue abrazarme estrecha-  
ballero don Quijote de  
os esperamos verte, para  
funda cueva por donde  
guardada para ser aco-  
o. Ven conmigo, señor  
sparente alcázar solapa,

de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre.» Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fue verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él había sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazón de su grande amigo Durandarte y llevádole a la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decían verdad, sino en la daga, porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buido, más agudo que una lezna.

—Debía de ser —dijo a este punto Sancho— el tal puñal de Ramón de Hoces, el Sevillano.

—No sé —prosiguió don Quijote—; pero no sería dese puñalero, porque Ramón de Hoces fue ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años; y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia.

—Así es —respondió el primo—; prosiga vuestra merced, señor don Quijote; que le escucho con el mayor gusto del mundo.

—No con menor lo cuento yo —respondió don Quijote—; y así, digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobremodo y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol, con gran maestría fabricado, sobre el cual vi a un caballero tendido de largo a largo, no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenía la mano derecha, que, a mi parecer, es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño, puesta sobre el lado del corazón; y antes que preguntase nada a Montesinos, viéndome suspenso mirando al del sepulcro, me dijo: «Éste es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado, como me tiene a mí y a otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés encantador que dicen que fue hijo del diablo; y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo o para qué nos encantó nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino. Lo que a mí me admira es que sé, tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que después de muerto le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras, porque según los naturales, el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y sospira de cuando en cuando, como si estuviese vivo?» Esto dicho, el mísero Durandarte, dando una gran voz, dijo:

«¡Oh, mi primo Montesinos!

Lo postrero que os rogaba,  
que cuando yo fuere muerto,  
y mi ánima arrancada,  
que llevéis mi corazón  
adonde Belerma estaba,  
sacándomele del pecho,  
ya con puñal, ya con daga.»

Oyendo lo cual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y, con lágrimas en los ojos, le dijo: «Ya, señor Durandarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me mandastes en el aciago día de nuestra pérdida: yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un pañizuelo de puntas; yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lágrimas, que fueron bastantes a lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían, de haberos andado en las entrañas; y, por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles eché un poco de sal en vuestro corazón, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, a lo menos amojamado, a la presencia de la señora Belerma; la cual, con vos, y conmigo, y con Guadiana, vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlín ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros: solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasión que debió de tener Merlin dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora, en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha, las llaman las lagunas de Ruidera; las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas, de los caballeros de una orden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana, vuestro escudero, plañendo asimesmo vuestra desgracia, fue convertido en un río llamado de su mismo nombre; el cual cuando llegó a la superficie de la tierra y vio el sol del otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir a su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales, y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero, con todo esto, por dondequiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado; y esto que agora os digo, ¡oh primo mío!, os lo he dicho muchas veces; y como no me respondéis, imagino que no me dais crédito, o no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio a vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos y veréislo, aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin: aquel don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas.» «Y cuando así no sea», respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, «cuando así no sea, ¡oh primo!, digo, paciencia y barajar». Y volviéndose de lado, tornó a su acostumbrado silencio, sin hablar más palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos; volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan

is ante el lastimado darte, carísimo pri-  
estra pérdida: yo os  
ima parte en el pe-  
e carrera para Fran-  
antas lágrimas, que  
sangre que tenían,  
mi alma, en el pri-  
e sal en vuestro co-  
mojamado, a la pre-  
Guadiana, vuestro  
as, y con otros mu-  
s el sabio Merlín ha  
o ninguno de noso-  
; llorando, por com-  
; tantas lagunas, que  
ha, las llaman las la-  
dos sobrinas, de los  
. Guadiana, vuestro  
lo en un río llamado  
la tierra y vio el sol  
iba, que se sumergió  
e acudir a su natural  
l y las gentes le vean.  
as cuales, y con otras  
Pero, con todo esto,  
se precia de criar en  
os, bien diferentes de  
mío!, os lo he dicho  
dais crédito, o no me  
nuevas os quiero dar  
no os le aumentarán  
cia, y abrid los ojos y  
etizadas el sabio Mer-  
con mayores ventajas  
olvidada andante ca-  
semos desencantados,  
dadas.» «Y cuando así  
da y baja, «cuando así  
e de lado, tornó a su  
esto grandes alaridos  
s sollozos; volví la ca-  
una procesión de dos  
con turbantes blancos  
eras venía una señora,  
con tocas blancas tan

tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras; era cejijunta y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, a lo que pude divisar, un corazón de carnemomía, según venía seco y amojamado. Díjome Montesinos como toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traía el corazón entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro días en la semana hacían aquella procesión y cantaban, o, por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo; y que si me había parecido algo fea, o no tan hermosa como tenía la fama, era la causa las malas noches y peores días que en aquel encantamento pasaba, como lo podía ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza. «Y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazón por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva y trae a la memoria la desgracia de su mal logrado amante; que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo.» «Cepos quedos», dije yo entonces, «señor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe; que ya sabe que toda comparación es odiosa, y así, no hay para qué comparar a nadie con nadie. La sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora Belerma es quien es, y quien ha sido, y quédese aquí.» A lo que él me respondió: «Señor don Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea a la señora Belerma, pues me bastaba a mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo.» Con esta satisfacción que me dio el gran Montesinos se quietó mi corazón del sobresalto que recibí en oír que a mi señora la comparaban con Belerma.

—Y aun me maravillo yo —dijo Sancho— de cómo vuestra merced no se subió sobre el vejote, y le molió a coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dejarle pelo en ellas.

—No, Sancho amigo —respondió don Quijote—; no me estaba a mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados a Tener respeto a los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente a los que lo son y están encantados; yo sé bien que no nos quedamos a deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos.

A esta sazón dijo el primo:

—Yo no sé, señor don Quijote, cómo vuestra merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá bajo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.

—¿Cuánto ha que bajé? —preguntó don Quijote.

—Poco más de una hora —respondió Sancho.

—Eso no puede ser —replicó don Quijote—, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó a anochecer y a amanecer tres veces; de modo que, a mi cuenta, tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas a la vista vuestra.

—Verdad debe de decir mi señor —dijo Sancho—; que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que a nosotros nos parece una hora, debe de parecer allá tres días con sus noches.

—Así será —respondió don Quijote.

—Y ¿ha comido vuestra merced en todo este tiempo, señor mío? —preguntó el primo.

—No me he desayunado de bocado —respondió don Quijote—, ni aun he tenido hambre, ni por pensamiento.

—Y los encantados, ¿comen? —dijo el primo.

—No comen —respondió don Quijote—, ni tienen escrementos mayores; aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

—Y ¿duermen por ventura los encantados, señor? —preguntó Sancho.

—No, por cierto —respondió don Quijote—; a lo menos, en estos tres días que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco.

—Aquí encaja bien el refrán —dijo Sancho— de dime con quién andas, decirte he quién eres: ándase vuestra merced con encantados ayunos y vigilantes: mirad si es mucho que ni duerma mientras con ellos anduviere. Pero perdóneme vuestra merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba a decir el diablo, si le creo cosa alguna.

—¿Cómo no? —dijo el primo—. Pues ¿había de mentir el señor don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer e imaginar tanto millón de mentiras?

—Yo no creo que mi señor miente —respondió Sancho.

—Si no, ¿qué crees? —le preguntó don Quijote.

—Creo —respondió Sancho— que aquel Merlin o aquellos encantadores que encantaron a toda la chusma que vuestra merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magín o la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda.

—Todo eso pudiera ser, Sancho —replicó don Quijote—, pero no es así; porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora cómo, entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos, las cuales despacio y a sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar, me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto, cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hablamos a la salida del Toboso? Pregunté a Montesinos si las conocía; respondióme que no; pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos días había que en aquellos prados habían parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos, encantadas en diferentes y estrañas figuras, entre las cuales conocía él a la reina Ginebra y su dueña Quintañoña, escanciando el vino a Lanzarote,

cuando de Bretaña vino.

todas las cosas que  
os parece una hora,  
mío? —preguntó el  
e—, ni aun he teni-  
os mayores; aunque  
ó Sancho.  
tos tres días que yo  
én andas, decirte he  
gilantes: mirad si es  
óneme vuestra mer-  
veme Dios, que iba  
r don Quijote, que,  
ar tanto millón de  
ncantadores que en-  
o y comunicado allá  
a que nos ha conta-  
ro no es así; porque  
mis mismas manos.  
finitas cosas y mara-  
is tiempos te las iré  
este lugar, me mos-  
an saltando y brin-  
ser la una la sin par  
oras que venían con  
esinos si las conocía;  
: ser algunas señoras  
os prados habían pa-  
otras muchas señoras  
estrañas figuras, en-  
tañona, escanciando

Cuando Sancho Panza oyó decir esto a su amo, pensó perder el juicio, o morir de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo:

—En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuestra merced, caro patrón mío, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuestra merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se lo había dado, hablando sentencias y dando consejos a cada paso, y no agora, contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

—Como te conozco, Sancho —respondió don Quijote—, no hago caso de tus palabras.

—Ni yo tampoco de las de vuestra merced —replicó Sancho—, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, o por las que le pienso decir si en las tuyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz: ¿cómo o en qué conoció a la señora nuestra ama? Y si la habló, ¿qué dijo, y qué le respondió?

—Conocíla —respondió don Quijote— en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me le mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra; antes me volvió las espaldas, y se fue huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera, si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más porque se llegaba la hora donde me convenía volver a salir de la sima. Díjome asimesmo que, andando el tiempo, se me daría aviso cómo habían de ser desencantados él, y Belerma, y Durandarte, con todos los que allí estaban; pero lo que más pena me dio de las que allí vi y noté, fue que estándome diciendo Montesinos estas razones, se llegó a mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz, me dijo: «Mi señora Dulcinea del Toboso besa a vuestra merced las manos, y suplica a vuestra merced se la haga de hacerla saber cómo está; y que, por estar en una gran necesidad, asimismo suplica a vuestra merced cuan encarecidamente puede sea servido de prestarle sobre este faldellín que aquí traigo, de cotonía, nuevo, media docena de reales, o los que vuestra merced tuviere; que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad.» Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos, le pregunté: «¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad?» A lo que él respondió: «Créame vuestra merced, señor don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adondequiera se usa, y por todo se estiende, y a todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envía a pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos; que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto.» «Prenda, no la tomaré yo», le respondí, «ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales.» Los cuales le di (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna a los pobres que topase por los caminos), y le dije: «Decid, amiga mía, a vuesa señora que a mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos; y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversación, y que

le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle también que cuando menos se lo piense oirá decir como yo he hecho un juramento y voto, a modo de aquel que hizo el marqués de Mantua, de vengar a su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montiña, que fue de no comer pan a manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar, y de andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla.» «Todo eso, y más, debe vuestra merced a mi señora», me respondió la doncella. Y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire.

—¡Oh santo Dios! —dijo a este tiempo dando una gran voz Sancho—. ¿Es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh señor, señor, por quien Dios es que vuestra merced mire por sí, y vuelva por su honra, y no dé crédito a esas variedades que le tienen menguado y descabalado el sentido!

—Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera —dijo don Quijote—; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

## CAPÍTULO XXIV

### DONDE SE CUENTAN MIL ZARANDAJAS TAN IMPERTINENTES COMO NECESARIAS AL VERDADERO ENTENDIMIENTO DESTA GRANDE HISTORIA

Dice el que tradujo esta grande historia del original, de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél estaban escritas de mano del mesmo Hamete estas mismas razones:

«No me puedo dar a entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito: la razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero ésta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pero pensar yo que don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible; que no dijera él una mentira si le asaetaran. Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más; puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen

Enrico                    Señor, ¿con vuestro criado  
                                 habéis de hacer tal exceso?

(Sale Don Juan con la espada desnuda.)

Juan                    ¡Don Diego!

Diego                                ¡Don Juan hermano!  
                                 ¿Dónde estuvistes?

Juan                                        Seguro  
                                 de nuestros mismos contrarios,  
                                 escondido entre ellos mismos,  
                                 aguardé el fin de este caso.  
                                 Pero vos, ¿cómo escapastes?

Diego                                        Por un patente milagro  
                                 del varón que veis divino.

Juan                                        Razón es que conozcamos  
                                 a quien tanto con Dios puede.

Diego                                        Decid quién sois, varón santo.

Enrico                                        No soy sino pecador;  
                                 mas si algún placer os hago  
                                 en decir quién soy, sabréislo  
                                 si oís un pequeño rato.  
                                 En letras y armas la nación famosa  
                                 francesa me dio ser; padres honrados,  
                                 si no de sangre tuve generosa,  
                                 que no jacto valor de mis pasados.  
                                 Propia virtud es calidad gloriosa;  
                                 paternas armas, timbres heredados,



armas son ciertas de su autor primero.  
Vana opinión las pasa al heredero.

En la niñez las artes liberales  
me dieron en París honrosa fama;  
mas en la edad autora de los males  
que en el rostro el sutil vello derrama,  
fueron mis travesuras desiguales,  
nacidas del amor de cierta dama,  
causa de mi inquietud, hasta obligarme  
de Francia mis delitos a ausentarme.

Fuime de mar en mar, de tierra en tierra;  
varias costumbres vi, varias naciones,  
viviendo ya en la paz y ya en la guerra  
según el tiempo hallé y las ocasiones;  
mas aunque mi locura me destierra,  
llevé conmigo mis inclinaciones,  
que en cualquiera región, cualquiera estado,  
aprender siempre más fue mi cuidado.

Al fin topé en Italia un eminente  
en las ciencias varón, Merlín llamado;  
procuré su amistad, y cautamente  
a la estrecha llegué de grado en grado;  
él, que mi inclinación y intento siente,  
a mis letras y ingenio aficionado,  
conmigo liberal, del alma rica  
los más altos tesoros comunica.

Aprendí la sutil quiromancía,  
profeta por las líneas de las manos;  
la incierta judiciaria astrología,  
émula de secretos soberanos,  
y con gusto mayor, nigromancía,  
la que en virtud de caracteres vanos  
a la naturaleza el poder quita,  
y engaña, al menos, cuando no la imita.

Con ésta a los furiosos cuatro vientos  
puedo imponer; los montes cavernosos  
arrancar de sus últimos asientos  
y sosegar los mares procelosos;  
poner en guerra y paz los elementos;  
formar nubes y rayos espantosos;  
profundos valles y encumbrados montes  
esconder, y alumbrar los horizontes;

con ésta sé de todas las criaturas  
mudar en otra forma la apariencia.  
Con ésta aquí oculté vuestras figuras;  
no obró la santidad, obró la ciencia.  
Ésta os ofrezco con entrañas puras  
a cualquier peligrosa contingencia,  
ajeno de interés, que bien me sobra  
el que saco de hacer la buena obra.

En este, pues, que veis, albergue chico,  
donde vine a parar por la noticia  
de esta universidad, paso tan rico  
cuan libre de ambición y de codicia;  
aquí mi ciencia a todos comunico;  
que no de lo que sé tengo avaricia.  
Esto es y vale Enrico. Sólo queda  
saber si hay más en que serviros pueda.

Enrico

Diego

Juan

Diego

Zamudio

Enrico

Diego

¡Oh, prodigioso varón,  
consuelo y amparo nuestro!  
¡Dichoso el caso siniestro  
que nos ha dado ocasión  
de gozar de tal maestro!

Mas podéisos acostar,  
Enrico, que el trasnochar  
a vuestra edad no conviene.

a darla a un pobre rincón  
a la del sol escondido?

¿Es posible que un marqués  
de Villena se ha dignado  
de pasar del rico estrado  
a tanta humildad los pies?

Marqués

Si tal me decís, de vos  
será forzoso agraviarme,  
que bien puedo entrar y honrarme  
en casa en que estáis los dos;

que si tan ilustres pechos  
encontrar aquí pensara,  
sin otra ocasión trocara  
por éste los altos techos.

Mas dejando estas porfías,  
si bien hijas de verdad,  
porque son de la amistad  
ajenas las cortesías,

decir quiero la ocasión,  
pues me la habéis preguntado,  
por qué esta casa he buscado.

Diego

Decid, pues.

Marqués

Dadme atención.

En esta universidad,  
donde la sabia Minerva  
hoy tiene el sagrado culto  
de que está celosa Atenas,  
desde la puericia dócil  
a la ardiente adolescencia  
hice de mí sacrificio  
a la diosa de las letras.

Era en mi casa el segundo,  
y, aunque amante de las ciencias,  
mucho más me provocaba  
la milicia que la Iglesia;  
partíme a Italia, ambicioso  
de las glorias de la guerra,  
y al monstruo en ciencias Merlín  
por mi dicha encontré en ella.  
Aquél que, según publican  
o verdades o consejas,  
lo concibió de un demonio  
una engañada doncella;  
que esto puede hacer un ángel  
si a vaso femíneo lleva  
el semen viril que pierden  
los que con Venus se sueñan...  
Mas sigan esta cuestión  
los que siguen las escuelas,  
que a mí no me toca agora  
probar sus naturalezas.  
«Merlín el hijo del diablo»  
su apellido común era,  
yo he pensado que por ser  
más que humano a todas ciencias.  
Yo, soldado, aun no olvidado  
de mi inclinación primera,  
con dádivas y con ruegos  
gané en su pecho las puertas.  
Enseñóme los efetos  
y cursos de las estrellas,  
que el entendimiento humano  
hasta los cielos penetra;  
las quirománticas líneas,  
con que en la mano a cualquiera

de su vida los sucesos  
escribe Naturaleza.  
Supe la fisonomía  
muda que habla por señas,  
pues por las del rostro dice  
la inclinación más secreta;  
sutiles estropellías  
con que las manos se adiestran,  
y a la vista más aguda  
engaña su ligereza.  
De números y medidas  
las demostraciones ciertas  
por matemática supe  
y supe por arismética.  
Estudí en cosmografía  
el sitio, la diferencia,  
longitud y latitud  
de los mares y las tierras;  
y por remate de todo  
la arte mágica me enseña,  
de cuyo efeto las causas  
no alcanza la humana ciencia,  
pues con caracteres vanos  
y con palabras ligeras  
obra prodigios que admira  
la misma Naturaleza.  
En esto, de que murió  
mi hermano mayor las nuevas  
fueron causa que de Italia  
diese a Castilla la vuelta.  
Fuime a vivir a la corte,  
que parecen bien en ella  
las cabezas de las casas  
a acompañar su cabeza.

La parlera fama allí  
ha dicho que hay una cueva  
encantada en Salamanca,  
que mil prodigios encierra;  
que una cabeza de bronce,  
sobre una cátedra puesta,  
la mágica sobrehumana  
en humana voz enseña;  
que entran algunos a oírla,  
pero que de siete que entran  
los seis vuelven a salir,  
y el uno dentro se queda.  
Yo, de esta ciencia curioso,  
incitado de estas nuevas,  
supe de la cueva el sitio  
y partíme solo a verla.  
La cueva está en esta casa,  
si no mintieron las señas;  
pero que verdad dijeron  
muestra el hallaros en ella,  
porque, si no es por encanto,  
imposible es que cupieran  
dos hombres que son tan grandes  
en casa que es tan pequeña.

Diego

Gran don Enrique, jamás  
para hazaña tan honesta  
a príncipe de estos tiempos  
vi calzarse las espuelas,  
trocar las fiestas y gustos  
al trabajo de las letras,  
y el encanto cortesano  
por una encantada cueva;  
acción de príncipe heroico,

Marqués

Diego

acción en efeto, vuestra,  
que sois quien del gran maestro  
el valor y sangre hereda.

Marqués            Para quien viene a saber,  
larga digresión es ésa.

Diego              Oíd de la cueva, Enrique,  
la relación verdadera.

Retórica la fama, de figura  
alegórica usando, significa  
la verdad de la cueva en la pintura.

Ésta que veis obscura casa chica  
cueva llamó, porque su luz el cielo  
por la puerta no más le comunica,  
y porque una pared el mismo suelo  
le hace a las espaldas con la cuesta  
que a la iglesia mayor levanta el vuelo;  
y la cabeza de metal que puesta  
en la cátedra da en lenguaje nuestro  
a la duda mayor clara respuesta,  
es Enrico, un francés que el nombre vuestro,  
el mismo divagar, los mismos casos  
y el que tuvistes vos, tuvo maestro.

De Merlín, como vos, siguió los pasos,  
y al fin, pródigo aquí de su riqueza,  
de magia informa juveniles vasos;  
y porque excede a la naturaleza  
frágil del hombre su saber inmenso,  
se dice que es de bronce su cabeza.

De siete que entran, que uno pague el censo,  
los pocos que de muchos estudiantes  
la ciencia alcanzan, declararnos pienso;  
La falda ocupan muchos caminantes

al apolíneo monte, y pocos besan  
las aras en la cumbre relumbrantes.

Enrico está en escuelas; que no cesan  
en casi edad caduca sus intentos  
de seguir el estudio que profesan.

En ellas oye humildes rudimentos  
de las ciencias que ignora, y da en su casa,  
de las que sabe, claros documentos.

En viéndolo, veréis que ha sido escasa  
la fama en metafóricos pregones,  
pues la verdad sus límites traspasa.

¡Dichosa España, que de dos varones  
goza en un tiempo tales! Dos Enricos  
serán de hoy más sus célebres blasones.

Mas no convienen coronistas chicos  
a grandes cosas y hechos inmortales;  
déjolo a estilos de caudal mas ricos.

Y por que ya sepáis los desiguales  
casos, que a choza tal nos han traído,  
oíd en breve suma largos males.

En cierta resistencia habemos sido  
culpados; muertos hubo, y más de nueve  
acompañó el corregidor herido.

Toco a rebato, y la irritada plebe  
en tal número crece, que al espeso  
granizo imita que del cielo llueve.

Fuerza fue retirarnos; yo confieso  
que me faltó el aliento, y ya sería  
resistir, no valor, mas poco seso.

Con alas gran caterva nos seguía;  
aquí entré perseguido, y con encanto  
de sus ojos Enrico nos desvía

Quedámonos aquí, por que entre tanto  
con sus artes el vicio nos defienda,

Marqués

Diego

que nos da libertad el cielo santo.

Mas, ¡ay!, que allá dejamos una prenda,  
don García Girón, vuestro pariente,  
que al valor de ese pecho se encomienda,  
preso quedó en la lucha, y duramente  
lo tienen en la pública aherrojado,  
sin darle cárcel, a quien es, decente.

Dícese que a la corte han enviado  
por un pesquisidor; yo a que lo impidan  
por la posta a mis deudos un criado.

Pero los cielos, que jamás olvidan  
un pecho de desdichas oprimido,  
en vos con el remedio nos convidan,  
pues a tal ocasión os han traído.

Marqués

Don Diego, la explicación  
de la cueva que he buscado  
extraño gusto me ha dado,  
y puesto en obligación.

Mas corrido me confieso  
de ver que esté don García  
Girón, de la sangre mía,  
en cárcel pública preso;

a un criado de mi casa  
debiera el corregidor  
hacer diferente honor.

Ardiente furia me abrasa;

rabiando está el alma mía,  
amigos, ya por vengar  
tan injusto agravio, y dar  
libertad a don García.

Quedaos a Dios.

Diego

A Él suplico

### Capítulo tercero

Cuando don Alvaro dejó el palacio de Arganza, entre el tumulto de sentimientos que se disputaban su alma, había uno que cuadraba muy bien con su despecho y amargura, y que de consiguiente a todos se sobreponía. Era éste retar a combate mortal al conde de Lemus y apartar de este modo el obstáculo más poderoso de cuantos mediaban entre él y doña Beatriz a la sazón. Aquel mismo día le había dejado en Cacabelos, con ánimo, al parecer, de pasar allí la noche, y recordándolo así, este fue el camino que tomó; pero su escudero, que en lo inflamado de sus ojos, en sus ademanes prontos y violentos y en su habla dura y precipitada conocía cuál podía ser su determinación después de la anterior entrevista, cuyo sentido no se ocultaba a su penetración, le dijo en voz bastante alta:

—Señor, el conde no está en Cacabelos, porque esta tarde, antes de salir yo, llegó un correo del rey y le entregó un pliego que le determinó a salir con la mayor diligencia la vuelta de Lemus.

Don Alvaro, en medio de la agitación en que se encontraba, no pudo ver sin enojo que el buen Millán se entremetiese de aquella suerte en sus secretos pensamientos; así es que le dijo, con rostro torcido:

—¿Quién le mete al señor villano en el ánimo de su señor?

Millán aguantó la descarga, y don Alvaro, como hablando consigo propio, continuó:

—Sí, sí, un correo de la Corte... y salir después con tanta prisa para Galicia... Sin duda camina adelante la trama infernal... Millán —dijo en seguida, con un tono de voz enteramente distinto del primero—, acércate y camina a mi lado. Ya nada tengo que hacer en Cacabelos, y esta noche la pasaremos en el castillo de Ponferrada <sup>1</sup> —dijo, torciendo el caballo y mudando de camino—; pero

1. Castro romano en su origen. Fue, posteriormente, castillo y convento, testigo de las luchas de moros y cristianos. En 1178 aparece donado a los Templarios, quie-

mientras que allí llegamos, quiero que me digas qué rumores han corrido por la feria acerca de los caballeros templarios.

—¡Extraños, por vida mía, señor! —le replicó el escudero—. Dicen que hacen cosas terribles y ceremonias de gentiles, y que el Papa los ha descomulgado allá en Francia, y que los tienen presos y piensan castigarlos; y en verdad que si es cierto lo que cuentan, sería muy bien hecho, porque más son proezas de judíos y de gentiles que de caballeros cristianos.

—Pero ¿qué cosas y qué proezas son esas?

—Dicen que adoran a un gato y le rinden culto como a Dios, que reniegan de Cristo, que cometen mil torpezas, y que por pacto que tienen con el diablo hacen oro, con lo cual están muy ricos; pero todo eso lo dicen mirando a los lados y muy callandito, porque todos tienen más miedo al Temple que al enemigo malo —tras de esto el buen escudero comenzó a ensartar todas las groseras calumnias que en aquella época de credulidad y de ignorancia se inventaban para minar el poder del Temple, y que ya habían comenzado a producir en Francia tan tremendos y atroces resultados. Don Alvaro, que pensando descubrir algo nuevo en tan espinoso asunto había escuchado al principio con viva atención, cayó al cabo de poco tiempo en las cavilaciones propias de su situación, y dejó charlar a Millán, que no por su agudeza y rico ingenio estaba exento de la común ignorancia y superstición. Sólo al llegar al puente sobre el Sil, que por las muchas barras de hierro que tenía

---

nes lo poseyeron hasta 1310, en que la Orden fue extinguida por el Pontífice a instancias del rey de Francia. El castillo de Ponferrada, con los otros del Temple, pasaron a la Corona. Alfonso XI donó el castillo al conde de Lemus, don Núñez de Castro, que lo restauró. Fue señorío de doña Juana de Castro, lo heredó Enrique de Castilla, hijo de Isabel de Castro, en 1400, pasando de nuevo a los condes de Lemus. Las disputas que por causa de Ponferrada se desarrollaron entre los de Lemus y los Manrique dieron lugar a que los Reyes Católicos en 1486 recabaran para sí el castillo, que posteriormente, en 1558, compró el marqués de Villafranca al Monarca.

Para más noticias, véase LUENGO, J. M.: *El castillo de Ponferrada*; BENÍTEZ, Cecilio: "El baluarte de los Templarios" (artículo en *La Esfera*); *Enciclopedia Universal ilustrada* (Espasa-Calpe); Sarthou Carreres: *Castillos de España*; Salazar: *Reparos históricos*, núm. 252, y Mariana: *Historia de España*, libro XV, cap. X.

dio a la villa el nombre de castillas. En las escrituras se la distinguen no sólo hablase con el nombre de una Orden con la que acogiese las habilladas, sino se apresuró a decir que nada de ello creía, sino muy relevante de ver el castillo. Tocó allí de las costumbres de servicio con la más en seguida el puente de la plaza de armas.

Todavía se conserva sólo sea ya el cadáver poco de regular, pero y pesadas, se añadieron más moderno, con lo cual quedó ofrece una masa atrozoso altozano, desde la infinita variedad para juntarse con el homenaje.

Ahora ya no que nos versículos sagrados sus ritos y ceremonias sembrado todo aquí en la época de que del poder de sus poder de unos esclavos afuera a la sala maestra, escaqueados de en

dio a la villa el nombre de *Ponsferrata*, con que en las antiguas escrituras se la distingue, le advirtió severamente que en adelante no sólo hablase con más comedimiento, sino que pensase mejor de una Orden con quien tenía asentadas alianza y amistad, y no acogiese las hablillas de un vulgo necio y malicioso. El escudero se apresuró a decir que él contaba lo que había oído, pero que nada de ello creía, en lo cual no daba por cierto un testimonio muy relevante de veracidad; y en esto llegaron a la barbacana del castillo. Tocó allí don Alvaro su cuerno, y después de las formalidades de costumbre, porque en la milicia del Temple se hacía el servicio con la más rigurosa disciplina, se abrió la puerta, cayó en seguida el puente levadizo, y amo y escudero entraron en la plaza de armas.

Todavía se conserva esta hermosa fortaleza, aunque en el día sólo sea ya el cadáver de su grandeza antigua. Su estructura tiene poco de regular, porque a un fuerte antiguo, de formas macizas y pesadas, se añadió por los templarios un cuerpo de fortificaciones más moderno, en que la solidez y la gallardía corrían parejas, con lo cual quedó privada de armonía; pero su conjunto todavía ofrece una masa atrevida y pintoresca. Está situado sobre un hermoso altozano, desde el cual se registra todo el Bierzo bajo, con la infinita variedad de sus accidentes, y el Sil, que corre a sus pies para juntarse con el Boeza un poco más abajo, parece rendirle homenaje.

Ahora ya no queda más del poderío de los templarios que algunos versículos sagrados inscritos en lápidas, tal cual símbolo de sus ritos y ceremonias, y la cruz famosa, terror de los infieles, sembrado todo aquí y acullá en aquellas fortísimas murallas; pero en la época de que hablamos era este castillo una buena muestra del poder de sus poseedores. Don Alvaro dejó su caballo en manos de unos esclavos africanos, y acompañado de dos aspirantes subió a la sala maestra, habitación magnífica, con el techo y paredes escaqueados de encarnado y oro, con ventanas arabescas, enta-

pizadas de alfombras orientales, y toda ella, como pieza de aparato, adornada con todo el esplendor correspondiente al jefe temporal y espiritual de una Orden tan famosa y opulenta. Los aspirantes dejaron al caballero a la puerta, después del acostumbrado *benedicite*, y uno, que hacía la guardia en la antecámara, le introdujo al aposento de su tío. Era éste un anciano venerable, alto y flaco de cuerpo, con barba y cabellos blancos, y una expresión ascética y recogida, si bien templada por una benignidad grandísima. Comenzaba a encorvarse bajo el peso de los años; pero bien se echaba de ver que el vigor no había abandonado aún aquellos miembros acostumbrados a las fatigas de la guerra y endurecidos en los ayunos y vigiliás. Vestía el hábito blanco de la Orden, y exteriormente apenas se distinguía de un simple caballero. El golpe que parecía amagar al Temple, y por otra parte los disgustos que, según de algún tiempo atrás iba viendo claramente, debían de abrumar a aquel sobrino querido, último retoño de su linaje, esparcían en su frente una nube de tristeza y daban a su fisonomía un aspecto todavía más grave.

El maestro, que había salido al encuentro de don Alvaro, después de haber abrazado con un poco más de emoción de la acostumbrada, le llevó a una especie de celda, en que de ordinario estaba, y cuyos muebles y atavíos revelaban aquella primitiva severidad y pobreza, en cuyos brazos habían dejado a la Orden Hugo de Paganis y sus compañeros, y de que eran elocuente emblema los dos caballeros montados en un mismo caballo. Don Rodrigo, así por el puesto que ocupaba como por la austeridad peculiar de su carácter, quería dar este ejemplo de humildad y de modestia. Sentáronse entrambos, en taburetes de madera, a una tosca mesa de nogal, sobre la cual ardía una lámpara enorme de cobre, y don Alvaro hizo al anciano una prolija relación de todo lo acaecido, que éste escuchó con la mayor atención.

—En todo eso —respondió por último— estoy viendo la mano del que degolló al niño Guzmán delante de los adarves de Tarifa

y a la vista de su pa  
otros señores que su  
con sus despojos, y  
poderosa en tierras  
temibles ya para ell  
don Alonso, y puest  
pararnos. ¡Pobre dof  
le dijera a su piados  
criaba, que su hija h

—Pero, señor —t  
Arganza se hará sorc

—A todo, hijo n  
ambición secan las f  
bre de Dios, de quie

—Pero ¿no hay er

—Ninguno. Meng  
pues de otra suerte  
estima te tiene, fue  
principio a vuestra  
antes de darte su m  
vez su carácter altan  
pues, aunque su cor  
por nuestra parte.

—¿Conque es de  
más camino que el q

—Te queda la co  
a nadie le es dado d  
ve, entre severa y c  
go—, todavía hay r  
a desviar a don Alo  
llevar a su hija. Yo  
que a pesar de mi p  
nuestra noble Orden

y a la vista de su padre. El conde de Lemus está ligado con él y otros señores que sueñan con la ruina del Temple para adornarse con sus despojos, y temiendo que tu enlace con una señora tan poderosa en tierras y vasallos aumentaría nuestras fuerzas, harto temibles ya para ellos en este país, han adulado la ambición de don Alonso, y puesto en ejecución todas sus malas artes para separarnos. ¡Pobre doña Beatriz! —añadió con melancolía—. ¿Quién le dijera a su piadosa madre, cuando con tanto afán y solicitud la criaba, que su hija había de ser el premio de una cábala tan ruin?

—Pero, señor —repuso don Alvaro—, ¿creéis que el señor de Arganza se hará sordo a la voz del honor y de la naturaleza?

—A todo, hijo mío —contestó el templario—. La vanidad y ambición secan las fuentes del alma, y con ellas se aparta el hombre de Dios, de quien viene la virtud y la verdadera nobleza.

—Pero ¿no hay entre vos y él algún pacto formal?

—Ninguno. Menguado fue tu sino desde la cuna, don Alvaro, pues de otra suerte no sucedería que doña Blanca, que en tan alta estima te tiene, fuese causa ahora de tu pesar. Ella se opuso al principio a vuestra unión, porque quiso que su hija te conociese antes de darte su mano, y don Alonso, doblegando por primera vez su carácter altanero, cedió a las solicitudes de su esposa. Así, pues, aunque su conciencia le condene, a nada podemos obligarle por nuestra parte.

—¿Conque es decir —exclamó don Alvaro— que no me queda más camino que el que la desesperación me señale?

—Te queda la confianza en Dios y en tu propio honor, de que a nadie le es dado despojarte —respondió el maestre con voz grave, entre severa y cariñosa—. Además —continuó con más sosiego—, todavía hay medios humanos, que tal vez sean poderosos a desviar a don Alonso de la senda de perdición por donde quiere llevar a su hija. Yo no le hablaré sino como postrer recurso, porque a pesar de mi prudencia, tal vez se encontraría el odio de que nuestra noble Orden va siendo objeto; pero mañana irás a Carrace-

do, y entregarás una carta al abad, de mi parte. Su carácter espiritual podrá darle alguna influencia sobre el orgulloso señor de Arganza, y espero que, si se lo pido, no se lo negará a un hermano suyo. Su Orden y la mía nacieron en el seno de San Bernardo, y de la santidad de su corazón recibieron sus primeros preceptos. ¡Dichosos tiempos en que seguíamos la bandera del capitán invisible en demanda de un reino que no era de este mundo!

Don Alvaro, al oírle, se abochornó un poco, viendo que en el egoísmo de su dolor se había olvidado de los pesares y zozobras que, como una corona de espinas, rodeaban aquella cana y respetable cabeza. Comenzó entonces a hablarle de los rumores que circulaban, y el anciano, apoyándose en su hombro, bajó la escalera y le llevó al extremo de la gran plaza de armas, cuyos muros dan al río.

La noche estaba sosegada y la luna brillaba en mitad de los cielos azules y transparentes. Las armas de los centinelas vislumbraban a sus rayos despidiendo vivos reflejos al moverse, y el río, semejante a una franja de plata, corría al pie de la colina con un rumor apagado y sordo. Los bosques y montañas estaban revestidos de aquellas formas vagas y suaves con que suele envolver la luna semejantes objetos, y todo concurría a desenvolver aquel germen de melancolía que las almas generosas encuentran siempre en el fondo de sus sentimientos. El maestro se sentó en un asiento de piedra que había a cada lado de las almenas, y su sobrino ocupó el de enfrente.

—Tú crearás tal vez, hijo mío —le dijo—, que el poder de los templarios, que en Castilla poseen más de veinticuatro encomiendas, sin contar otros muchos fuertes de menos importancia; en Aragón, ciudades enteras, y en toda la Europa, más de nueve mil casas y castillos, es incontrastable, y que harto tiene la Orden en qué fundar el orgullo y altanería con que generalmente se le da en rostro.

—Así lo creo —respondió el sobrino.

—Así lo creen  
y por eso el orgu  
perdió al primer  
lestina hemos res  
jas y envidia de l  
tina, nuestra pati  
salén, Jerusalén,  
Tierra! —exclam  
de nuestros braz  
último suspiro. I  
de rivales poder  
nuestras humilde  
todo se va concit  
pre nos ha servic  
tros enemigos. N  
calabozos de Feli  
se guarden! —ex  
dido, pero aquí y  
pelea. El Papa p  
por la haz de la  
denarnos nos ten  
la vara de ningun

Los ojos del n  
mía estaba anima  
compatible con su

El Temple ten  
nes ardientes po  
vigoroso y compa  
miembros de por  
unida, difícil era  
divisar más que  
mejante edad nac  
luntad; así es qu

i-  
r-  
o  
le  
ú-  
le  
  
el  
as  
e-  
r-  
ra  
in  
  
os  
n-  
o,  
in  
ti-  
la  
r-  
en  
to  
pó  
  
os  
n-  
en  
nil  
en  
le

—Así lo creen los más de los nuestros —contestó el maestro—, y por eso el orgullo se ha apoderado de nosotros; el orgullo que perdió al primer hombre y perderá a tantos de sus hijos. En Palestina hemos respondido con el desdén y la soberbia a las quejas y envidia de los demás, y el resultado ha sido perder la Palestina, nuestra patria, nuestra única y verdadera patria. ¡Oh Jerusalén, Jerusalén, ciudad de perfecto decoro, alegría de toda la Tierra! —exclamó con voz solemne—; en ti se quedó la fuerza de nuestros brazos, y al dejar a San Juan de Acre, exhalamos el último suspiro. Desde entonces, peregrinos en Europa, rodeados de rivales poderosos que codician nuestros bienes, corrompidas nuestras humildes y modestas costumbres primitivas, el mundo todo se va concitando en daño nuestro, y hasta la tiara, que siempre nos ha servido de escudo, parece inclinarse del lado de nuestros enemigos. Nuestros hermanos gimen ya en Francia en los calabozos de Felipe, y Dios sabe el fin que les espera. ¡Pero que se guarden! —exclamó con voz de trueno—; allí nos han sorprendido, pero aquí y en otras partes aprestados nos encontrarán a la pelea. El Papa podrá disolver nuestra hermandad y esparcirnos por la haz de la Tierra, como el pueblo de Israel; pero para condenarnos nos tendrá que oír, y el Temple no irá al suplicio bajo la vara de ninguna potestad temporal como un rebaño de carneros.

Los ojos del maestro parecían lanzar relámpagos, y su fisonomía estaba animada de un fuego y energía que nadie hubiera creído compatible con sus cansados años.

El Temple tenía un imán irresistible para todas las imaginaciones ardientes por su misteriosa organización y por el espíritu vigoroso y compacto que vigorizaba a un tiempo el cuerpo y los miembros de por sí. Tras de aquella hermandad tan poderosa y unida, difícil era, y sobre todo a la inexperiencia de la juventud, divisar más que robustez y fortaleza indestructible, porque en semejante edad nada se cree negado al valor y a la energía de la voluntad; así es que don Alvaro no pudo menos de replicar:

—Tío y señor, ¿ese creéis que sea el premio reservado por el Altísimo a la batalla de dos siglos que habéis sostenido por el honor de su nombre? ¿Tan apartado le imagináis de vuestra casa?

—Nosotros somos —contestó el anciano— los que nos hemos desviado de El, y por eso nos vamos convirtiendo en la piedra del escándalo y de reprobación. Y yo —continuó con la mayor amargura— moriré lejos de los míos, sin ampararlos con el escudo de mi autoridad, y la corona de mis cansados días será la soledad y el destierro. Hágase la voluntad de Dios; pero cualquiera que sea el destino reservado a los templarios, morirán como han vivido, fieles al valor y ajenos a toda indigna flaqueza.

A esta sazón, la campana del castillo anunció la hora de recogimiento, con lúgubres y melancólicos tañidos que, derramándose por aquellas soledades y quebrándose entre los peñascos del río, morían a lo lejos mezclados a su murmullo con un rumor prolongado y extraño.

—La hora de la última oración y del silencio —dijo el maestro—; vete a recoger, hijo mío, y prepárate para el viaje de mañana. Acaso te he dejado ver demasiado las flaquezas que abriga este anciano corazón; pero el Señor también estuvo triste hasta la muerte, y dijo: «Padre, si puede ser, pase de mí este cáliz.» Por lo demás, no en vano soy el maestro y padre del Temple en Castilla, y en la hora de la prueba, nada en el mundo debilitará mi ánimo.

Don Alvaro acompañó a su tío hasta su aposento, y después de haberle besado la mano, se encaminó al suyo, donde, al cabo de mucho desasosiego, se rindió al sueño, postrado con las extrañas escenas y sensaciones de aquel día.

## Capítulo cuarto

La Caballería del fervor de las Cruz imponía su regla, San Bernardo, les Los templarios, en lla generosa idea qu y el corazón de tod nunca daban ni adr aun delante de un res; así es que era campos de batalla. guerreros bisoños e bra llegaban a Jeru bras de aquel peli y pompa mundana su vida entera era había apresurado, contaba en su prin ras, privilegios y hicieron en poco t seer, como decía d dientes soldados y l

Como quiera, e ensoberbece aun a humana, que al ca sobre todo, la exas sastres de la Tierra hospitalarios de Sa historia del Temple la altura a que los

## O CABALEIRO DO SANT GRIAL

Estrelas de ouro no ceo  
dunha noite de Nadal.  
Oise a canción miragrosa  
da Saudade. No chan,  
corazón que se desangra,  
un diviño latexar.

No castelo que se alza nun rochedo da serra,  
onde esquece os traballos e os estrondos da guerra,  
Rei Artur, fazañoso, xunta os seus cabaleiros,  
en virtude os mellores e na loita os primeiros,  
amparo dos homildes, espellos de lealdade,  
sonados de valentes en toda a cristiandade.

Desque xuntos os vira, ten gran contentamento,  
e arredor dunha mesa failles honra de asento.  
Rei Artur por cabeza, como máis principal,  
Gundemaz dunha banda e de outra Parsifal,  
sóio resta valeiro un sitial enloitado  
no que reza este nome: “Galahaz, o Esperado”.

Medianoite por filo, cando o galo cantaba,  
Rei Artur ós seus nobres deste xeito falaba:  
“El Señor foi servido, descendo do seu trono,  
encher de craridade as trebas do meu sono  
e faguerme mandado de que os limpos de mal  
terán de ir, penitentes, conquistar o SANT GRIAL,  
o cáliz do misterio, a copa milagreira  
onde a tráxica noite da Cea Derradeira,  
ardendo en lume sagro, aceso polo amor,  
súa sede de martirio apagou El Señor”.

Tales verbas ouvidas, erguéronse os guerreiros  
e, movidos do Ceo, despiron os aceiros

e na cruz das espadas xuraron de ir á Empresa.  
E todo foi pasado en arredor da mesa  
e todos eran cheos de fe diviña e fonda.  
E de entón foron ditos “Os da Táboa Redonda”.

No punto que faguían o sagro xuramento,  
unha luz de miragre tremelóu no apouento  
e abatéronse as portas e parecéu no estrado,  
onde o asento valeiro, Galahaz, o Esperado.

Sin espada na vaina, sin espora ni escudo,  
ten a gracia dun neno, mais o porte barudo,  
como espigas do trigo os cabelos doirados,  
a cor como de rosas, os ollos azuados  
e a cruz sagra, vermella como aberta ferida,  
na brancura do traxe, sobre o peito garnida.

Ó ver o cabaleiro e o fermoso craror  
todos quedan suspensos e louvan a El Señor.  
E Rei Artur erguéuse e pónndoo á súa beira  
falóu a Galahaz. E foi desta maneira:

Rei Artur dixo: Tomade  
miña espada, Galahaz,  
que outra máis esgrevia e limpa  
ninguén a colléu na man.  
Galahaz dixo: Non podo  
a vosa espada tomar,  
que a espada que eu cinguiréi  
do ceo ten de baixar.

Rei Artur dixo: Abrazade  
meu escudo, Galahaz,  
que outro máis forte e batido  
non se acertóu a forxar.

Galahaz dixo: Non podó  
o voso escudo abrazar,  
que o escudo que eu levaréi  
a espada o ten de gañar.

Rei Artur dixo: Eu vos cruzo  
cabaleiro, Galahaz;  
calzarvos hei miña espora  
para mellor vos honrar.

Galahaz dixo: Eu vos prego  
non me queirades cruzar,  
que a espora que eu calzaréi  
Ela ma ten de calzar.

E desde tal dixeron, tremendo, saudosos,  
bicados do misterio, ficaron silenzosos.  
E o Rei e os cabaleiros de xoellos caíron,  
que no peito, zoantes, fondas voces ouviron:  
“A aquel lle será dado conquistar o SANT GRIAL  
que o corazón enxergue puro e limpo de mal”.

A pregar en segredo toda a noite pasada,  
axuntáronse os nobres á primeira luzada.  
Ouida Santa Misa, Rei Artur con licencia,  
á raíña Xinebra renderon reverencia,  
e con bágoas nos ollos de dor de se arredar,  
cinguiron as espadas e foron cabalgar.  
De visera caída e de airón enloitado  
e de lanza na cuxa e de escudo embrazado,  
un tras de outro se alonxan sin ollar ó veciño,  
cada un súa coita, cada un seu camiño.

Galahaz, derradeiro, colle estreita vereda  
que se adentra no monte, inqueda e segreda.  
Sin espora nin lanza, sin escudo ni espada,

alma e vida nun soño e no ceo a mirada,  
sin coidar de malfado, dragón ni encantamento,  
o cabelo loiriño como airón dado ó vento,  
escollido e chamado, vai ridente e lanzal,  
que garda o corazón puro e limpo de mal.

Na escura corredeira cinguida de silveiras  
escoitou voces irtas, medosas e tristeiras,  
asubíos e ouveos, e chirridos de dentes,  
e pasadas de lobos, e fungar de serpentes,  
e veu brilar, ó paso de chouzales espesos,  
uns ollos sanguíñosos, enmeigados e acesos,  
que o axexaban firentes dende furos sombrizos.  
Mais Galahaz non treme de agoiros nin feitizos.  
E de alí a tres xornadas de longo camiñar,  
san e salvo, atopouse na ribeira do mar.

Mainiño, maino, o vento a rosas recendía  
e o mar ía espellando e o ceo estrelecía.  
E acaescéu que ó tempo que Galahaz chegaba,  
unha barca, senlleira, no areal atracaba,  
cáliz de ouro garnido na brancura da vela,  
a cruz roxa no palo e na proa unha estrela.  
Galahaz, puro e limpo, entrou nela arelante,  
e a nave naquel punto fixo rumbo a Levante  
e alonxouse da praia, a vaivén compasado,  
como berce dun neno dunha fada arrolado.  
E coa ágoa en repouso e o luceiro a brilar,  
un camiño de prata relocía no mar.

En nos ollos azúes unha sagra visión,  
frocidos os beizos nun rondel de oración,  
Galahaz vai levado, nun soñar caricioso,  
dunha espranza diviña e un relembro saudoso.  
E a barquiña envolveita nun craror de luar,  
vai avante, en silencio, de vagar... de vagar...

Ó romper novo día, a barca milagreira  
atracou ante as laxes dunha nova ribeira.  
Unha brétema escura desfacíase en bágoas  
no curuto das pedras e no limpo das ágoas,  
e zarraba o camiño á terra de arribada,  
como forte parede por xigantes labrada  
ó longo da ribeira, imponente penedo  
sin rubida ni asalto nin buraco segredo.

Galahaz colléu terra levado do destiño,  
o corazón escravo dun mandado diviño,  
e mentras desaparece o escuro neboeiro  
e a barquiña se alonxa guiada do luceiro,  
ollóu, dunha raiola de sol dependurada,  
descer dos outos ceos brillante e longa espada  
que abrindo no rochedo unha fonda ferida,  
ficou nel encravada, deica o puño afundida.

Á vista do miragro, o baril cabaleiro  
aceso nunha sagra fervenza de romeiro  
e no peito unha arela que maior non podía,  
que lle acorra e lle vala pregou Santa María.  
E chegándose á pedra, de ánimo esforzado  
botoulle man á espada e cinguéuna ó costado.  
O penedo, a tal intre, foi por medio fendido,  
deixando aberto e franco un camiño frorido  
que corría unha terra verdecente e mimosa  
na que os pinos erguían a súa voz maxestosa,  
eran gloria dos ollos rebrilos dos orballos  
nas herbiñas das leiras e as follas dos carballos,  
un río de ágoas limpas, azúes e sereas  
durmíase nun leito de douradas areas,  
recendo de fiunchos enchía o vento mol  
e as lavercas voaban en circos cara o sol.

E Galahaz trunfante e cheo de ledicia  
entróu camiño adiante en terras da Galicia.

Namorado dun soño, na doce vaguedade  
das néboas lumiosas da diviña Saudade,  
ó mediar dunha noite, atopouse no fondo  
dun chouzal sin veredas, e sinteu grande estrondó  
de arrepiantes brados, como de cans famentos,  
que abatían as árbores e atronaban os ventos.  
Recuberta de espiñas e de cunchas de corno,  
a gorxa bafarante como a boca dun forno,  
de lubicán as poutas, os ollos de serpente,  
envolta en labaradas de espeso fume ardente,  
o aguillón pezoñento de lanza feridora,  
aparecéulle diante a Besta Ladradora.

Treméu o cabaleiro e houbo gran pavor;  
mais, aíña, tornando ó relixioso ardor,  
latexante de esperanza, indo a ela dereito,  
a espada escintilante encantóulle no peito.

Medoñento, abouxante, un brado de agunía  
resoúu alongado no monte e na campía  
e a Besta caíeu morta. Detrás dela brilaba  
o escudo lexendario que o herói cobizaba,  
o escudo enfeitizado do mal rei Tolomer,  
forxado en ouro virxe non visto de muller.

Trunfador, sempre adiante, foi rompendo camiño;  
e rubindo as valgadas verdegaias do Miño,  
traspasóu o lindeiro dun xardín encantado  
onde todo en silencio durmía repousado.  
Ó seu paso as roseiras cubríanse de rosas,  
rexoubaban as árbores canturías mimosas,  
e enchían de ledicia os froridos sendeiros

volvoretas doiradas, pintasilgos troveiros.  
A carón dunha fonte, a froresta mediada,  
persoóuselle diante unha dona encantada;  
de princesa de ensoño loura e gaia beleza,  
o feitizo de lumia, de raíña a maxeza,  
frente branca e locente de craror de luar,  
ollos meigos e verdes como as ágoas do mar.

Lindos paxes, onde ela prisioneiros do encanto,  
levan feixes de rosas e recóllenlle o manto,  
e o máis roibo e garrido porta esgrevio tesouro:  
en bandexa de prata unha espora de ouro.

A fermosa donceía, de xeito que namora,  
chegando a Galahaz calzóulle a nobre espora  
e alzándose ridente tendéu ó cabaleiro  
seus brazos que envexara a fror do laranxeiro.  
Mais, fiel ó xuramento, ó seu soño leial,  
Galahaz alonxóuse puro e limpo de mal.

O ceo palio de seda,  
alfombra frorida o chan,  
as nubes fleços de prata  
e cada pino un varal,  
o día do Viernes Santo  
ten un maino crarexar  
cando á valgada dun monte  
foi chegado Galahaz.

Bicado da recendente  
soavidade da mañán,  
o escudo da cruz vermella  
cinguido polo brazal,  
espora de ouro calzada,  
lumiosa espada na man,

o corazón esforzado,  
aceso e limpo de mal,  
costa arriba, mentras zoa  
no vento maino e levián  
de segreda campaña  
o tanguido de cristal,  
rube o nobre cabaleiro,  
no seu soño a cabalgar,  
a montaña milagreira  
do Cebreiro—Monsalvat.

Como un corazón aberto,  
berce de dozura e paz,  
dorme unha ermida acochada  
do cume na soedá.

Alí, senlleiro, en silencio,  
diante do valeiro altar,  
arelante, de xoellos,  
rende a espada Galahaz.

A tal intre, échese a ermida  
dun resprandor de luar  
e de anxos roibos, vestidos  
de branco liño torzal;  
un coa lanza da Pasión,  
outro o incensario a voltar,  
lexionarios de El Señor,  
todos levan por sinal  
unha cruz roxa no peito  
e un lirio branco na man.

Dos beizos a fror, o salmo  
do seu degaro a pregar,  
trasposto de amor diviño  
alza a frente Galahaz.

¡Seus ollos ven o miragro!  
¡Encol da ara do altar,  
á luz infinda, relumbra  
o cáliz do SANT GRIAL!  
Estala un cramor de sinos,  
florece en rosas o chan  
e a Pomba da Renacencia,  
o Misterio a renovar,  
desce do ceo portando  
a verde ponla da paz.  
¡Ó seu arredor, en circo,  
doce estrelas a brilar,  
fican, voando quedíño,  
enriba do SAN GRIAL!

La noticia de este milagro se extendió rápidamente por la ciudad de Santiago, pues el significado bien claro estaba para todas las inteligencias, aun para aquellas más negadas o incrédulas. La santa voluntad de Dios era manifiesta y la lección recibida fácil de comprender. De esta manera quiso Dios, Padre y Maestro, manifestar cómo deseaba que su Madre fuese de allí en adelante loada y reverenciada con el nombre sencillo y humilde de Nuestra Señora del Portal, para que las gentes supieran en dónde pueden hallar su abrigo y su cobijo, pues a todos puede convenirles y todos lo precisan, tanto los ricos como los pobres, los grandes como los pequeños, siempre que con humildad se acerquen a ella para rogarle apoyo, protección y socorro para sus tristezas y enfermedades.

Esta es la advocación y origen de la Virgen del Portal.

Pero en el año 1693, después de trescientos ochenta y uno que llevaba venerándose en el portal, los santiagueses quisieron pagar de alguna manera la deuda de gratitud que le debían y la ciudad entera la aclamó como Virgen milagrosa; y ya que las necesidades del culto lo requerían, la Santísima Virgen consintió esta vez en que la llevaran de su querido portalito a la capilla que junto a la iglesia del monasterio le erigieron, construida exclusivamente con las limosnas aportadas por los devotos.

#### EL SANTO GRIAL DEL CEBREIRO

Generalmente, las leyendas religiosas suelen ser de milagros. Sin embargo, las castellanas, por ejemplo, como las tituladas «La cueva de la mora», «La piel del lobo», «La dama de las siete arras», «La cabeza delatora», «El secreto del lago», etc., son de robos y crímenes: siempre la pasión material; y los milagros se refieren a cómo por ellos tales crímenes fueron descubiertos.

Pero las leyendas gallegas de milagros tienen otro carácter muy diferente. En todas ellas resplandecen la fe, la hu-

mildad, el premio a la virtud; sentimientos humanos, sí, pero, en vez del crimen y la ambición repugnantes que dan origen a las leyendas castellanas, en las gallegas hay más espiritualidad, más desinterés material, más amor; y en la mayoría de ellas se entrevé una influencia como de misticismo o de un temperamento romántico, de nebulosidad oscura y misteriosa, características de una cultura idealista de país nórdico.

Escuchad esta.

En las altas cumbres de la sierra, en el Cebreiro, provincia de Lugo, frontera con León, hay una aldea, Pedrafita, compuesta por un pequeño grupo de *pallazas*: casas de planta baja, muy primitivas, de paredes de *cachotería* (o sea, piedras sin labrar, unidas con barro), de forma redondeada, y cubiertas de *colmo*, junco o paja gruesa cosida en fajas superpuestas. Por allí pasaba el camino francés de las peregrinaciones a Santiago; y como aquel lugar era muy difícil de subir por lo abrupto y costanero y más fatigoso por el frío de las nieves que lo cubren buena parte del año, dícese que San Giraldo, conde de Aurillac, hizo construir allí un hospital y una iglesia para que pudieran reposar y confortarse, corporal y espiritualmente, los peregrinos que de ello hubieran menester.

Aconteció, allá por el año 1300, que un cura de la parroquia empezó a pensar en cómo era posible que la santísima hostia, pequeña hoja redonda de pan, y el vino de misa pudieran convertirse en carne y sangre de Jesús Dios al tiempo de la consagración, cumplida simplemente por un hombre mortal y pecador como era él.

La duda mordía con frecuencia el corazón del sacerdote; la duda amargaba las horas solitarias de sus noches de insomnio.

—¡Oh, Dios! —murmuraba el cura afligido—. La fe se debilita en mí. Mi ser enflaquece y mi cerebro estalla, pero no veo claro este misterio. ¿Unas leves cruces trazadas en el aire

por mi mano y unas pocas no siempre limpia y pura,

Había un vecino de la jgua de Pedrafita y era tan ninguna cosa, ni aun por tes, dejaba de acercarse a

Un domingo estaba el Nadie más estaba en la ig de aquel día era tal, que c la hostia y el cáliz, cuand apresuradamente en la igl

El sacerdote lo miró co «¡Pobre hombre, venir co samente y exponiéndose a trarse ante un poco de pan

Pero entonces sintió un la patena y vio, horrorizad pan enrojecía, convirtiénc recién cortada de un cuerj saba, adquiriendo un tono

El mísero cura cayó de desplomó sobre las grada.

El hombre que había lle cia el altar y trató de inco

Las reliquias de este milagr y plata en la iglesia de Pedrafi

#### EL MILAGR

Don Rodrigo González Violante de Saavedra viví laguisada, en el ayuntam torre estaba situada en la iglesia se venera la Virgen

por mi mano y unas pocas palabras murmuradas por mi boca, no siempre limpia y pura, cómo pueden hacer tal milagro?

Había un vecino de la parroquia que vivía a una media legua de Pedrafita y era tan devoto de la santa misa, que por ninguna cosa, ni aun por las tormentas o nevadas más fuertes, dejaba de acercarse allí para oír su misa.

Un domingo estaba el cura celebrando el santo sacrificio. Nadie más estaba en la iglesia, porque la turbulenta cellisca de aquel día era tal, que causaba pavor. Tenía ya consagrada la hostia y el cáliz, cuando oyó el ruido de alguien que entró apresuradamente en la iglesia.

El sacerdote lo miró con sorpresa y, asombrado, murmuró: «¡Pobre hombre, venir con este tiempo de tan lejos, fatigosamente y exponiéndose a morir en el camino, sólo para postrarse ante un poco de pan y vino!».

Pero entonces sintió un estremecimiento extraño. Miró para la patena y vio, horrorizado, cómo la blanca rodajita de blanco pan enrojecía, convirtiéndose en sangrante carne que parecía recién cortada de un cuerpo vivo; y el vino del cáliz se espesaba, adquiriendo un tono más bermejo, y olía a sangre.

El mísero cura cayó de rodillas al pie del altar y luego se desplomó sobre las gradas, desvanecido.

El hombre que había llegado en aquel momento corrió hacia el altar y trató de incorporar al sacerdote. Estaba muerto.

Las reliquias de este milagro se conservan en dos ampollas de vidrio y plata en la iglesia de Pedrafita del Cebreiro.

#### EL MILAGRO DE VILAGUISADA

Don Rodrigo González de Ribadeneira y su esposa doña Violante de Saavedra vivían dichosos en su casa-torre de Vilaguisada, en el ayuntamiento de Cospeito, Lugo. La casa-torre estaba situada en la parroquia de Saavedra, en cuya iglesia se venera la Virgen de los Milagros, que desde tiem-



# LOS ENCANTOS DE MERLÍN

CUENTO

## INTRODUCCION

¿Quién no conoce de Merlín la historia?  
Me diréis con desdén: «¡Cuentos de antaño!»  
Pero ¿quién no conserva en su memoria  
Algún detalle de su cuento extraño?  
¿Quién no alberga en su mente con cariño  
El recuerdo de alguna maravilla  
De aquel cuento que oía cuando niño  
Ó de un papel leía en un pedazo,  
Sentado de su madre en la rodilla  
Ó mecido por ella en su regazo?  
Todos sabemos de Merlín un poco:  
Y aunque Cervantes hizo dura guerra





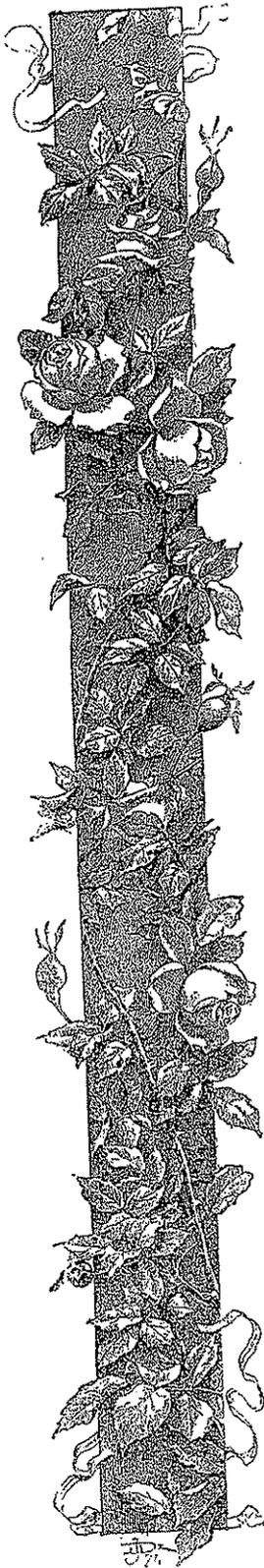
Con su ingenioso incomparable loco  
Á cuanto libro su memoria encierra,  
El poder de Merlín no era tampoco  
De los que el soplo disipar podía  
Del aliento de un hombre en solo un día;  
Que en un día no más no se derroca,  
Se aniquila y se entierra  
Lo que ha siglos que el pueblo trae en boca,  
Lo que al amparo popular se aferra.  
Triunfó de los vestiglos y gigantes  
Paladines y príncipes andantes  
Á quienes encantaba y protegía:  
Mas con Merlín en tierra al dar Cervantes,  
No pudo echarle encima tanta tierra  
Que bajo ella Merlín no se rebulla  
Y, viejo pertinaz, de cuando en cuando  
Entre el vulgo mortal no se escabulla  
Señales claras de existencia dando.  
Y aunque no salga á luz con tanta bulla  
Y en tan gentil y noble compañía  
Como cuando, al poder de sus encantos,  
Delante de los príncipes hacía  
Marchar las rocas y danzar los cantos,  
Y con una palabra que escribía

ENCANTOS DE MERLÍN



G. Doré dibujo

Y con una palabra que escribía...



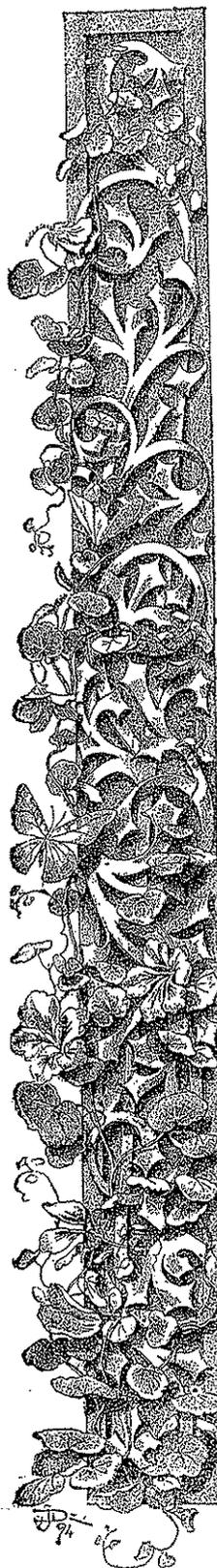
De un príncipe doncel en el escudo  
Invencible le hacía,  
No por eso Merlín de avisar deja  
Que, aunque duerme en la historia, todavía  
Reina en la tradición y en la conseja.

Aún hoy de sus hogares  
Rústicos al calor los castellanos  
Labradores, lo mismo que los rudos  
Campesinos ingleses y germanos,  
Flamencos y bretones,  
En sus rocas y playas do sañudos  
Sin cesar rugen tempestuosos mares,  
Narran y léen las viejas tradiciones,  
Las leyendas y cuentos populares  
En que Merlín en alas de dragones  
Acude á proteger en sus azares  
Al bravo rey Arthur y á sus barones,  
Á Carlomagno y á sus doce Pares.  
Todavía en la Galia y Gran-Bretaña,  
Lo mismo que en América y España,  
Por ranchos, alquerías y lugares,  
Ostentan las sin par ilustraciones  
De los miles de miles de ejemplares  
De sus innumerables reimpresiones

La imagen de Merlín en su portada,  
De barba inverosímil decorada,  
Fabulosa nariz y ojos saltones.

Lo que el pueblo por sí para sí crea,  
Vive siempre con él y se le adhiere  
Cual la corteza al árbol que rodea;  
Y el pueblo lo apadrina, lo prefiere,  
Lo acaricia, lo nutre y lo caldea  
Y lo oculta y lo evoca cuando quiere,  
Y con ello se encanta y se recrea.

No, que en vano la crítica lo espere:  
Por añosa y por rústica que sea,  
La tradición del pueblo nunca muere,  
Se acoge á los hogares de la aldea,  
Del pueblo fiel en el hogar se anida,  
Y cuando, desdeñada, no campea,  
Al calor del hogar conserva vida.  
Merlín es popular porque es el mito  
Creado por el pueblo; y ha durado  
Su nombre nueve siglos, porque ha estado  
En la memoria popular escrito:  
Y aún vivirá del pueblo en la memoria  
Porque el pueblo las puertas le ha franqueado





Del porvenir fantástico, vedado  
Á la verdad de la severa historia.  
Campea sin embargo en alto puesto  
En sus nobles anales: de los reyes  
Leal amigo y consejero sabio,  
Faro que alumbra su época confusa,  
Dió á su pueblo valor, creencia y leyes  
La inspirada palabra de su labio  
Y el profético canto de su musa.  
Un dios hizo de Arthur con sus cantares:  
Desde que niño le salvó en la playa,  
Con su ciencia y poder teniendo á raya  
Las crespas ondas de los Cambrios mares,  
Hasta que, la evidencia de su muerte  
Envolviendo en poético misterio,  
Hizo por siglos de su brazo inerte  
La lanzada esperar que sólo puede  
Vencer la raza del germano imperio,  
Dió á su leyenda la excelencia extrema  
Que ni en la forma ni en el fondo cede  
Á lo narrado en el mejor poema.  
Mas Merlín fué mortal: fallar no puede:  
Pues fué de una mujer y un silfo hijo,  
Tuvo en miserias que caer de fijo.



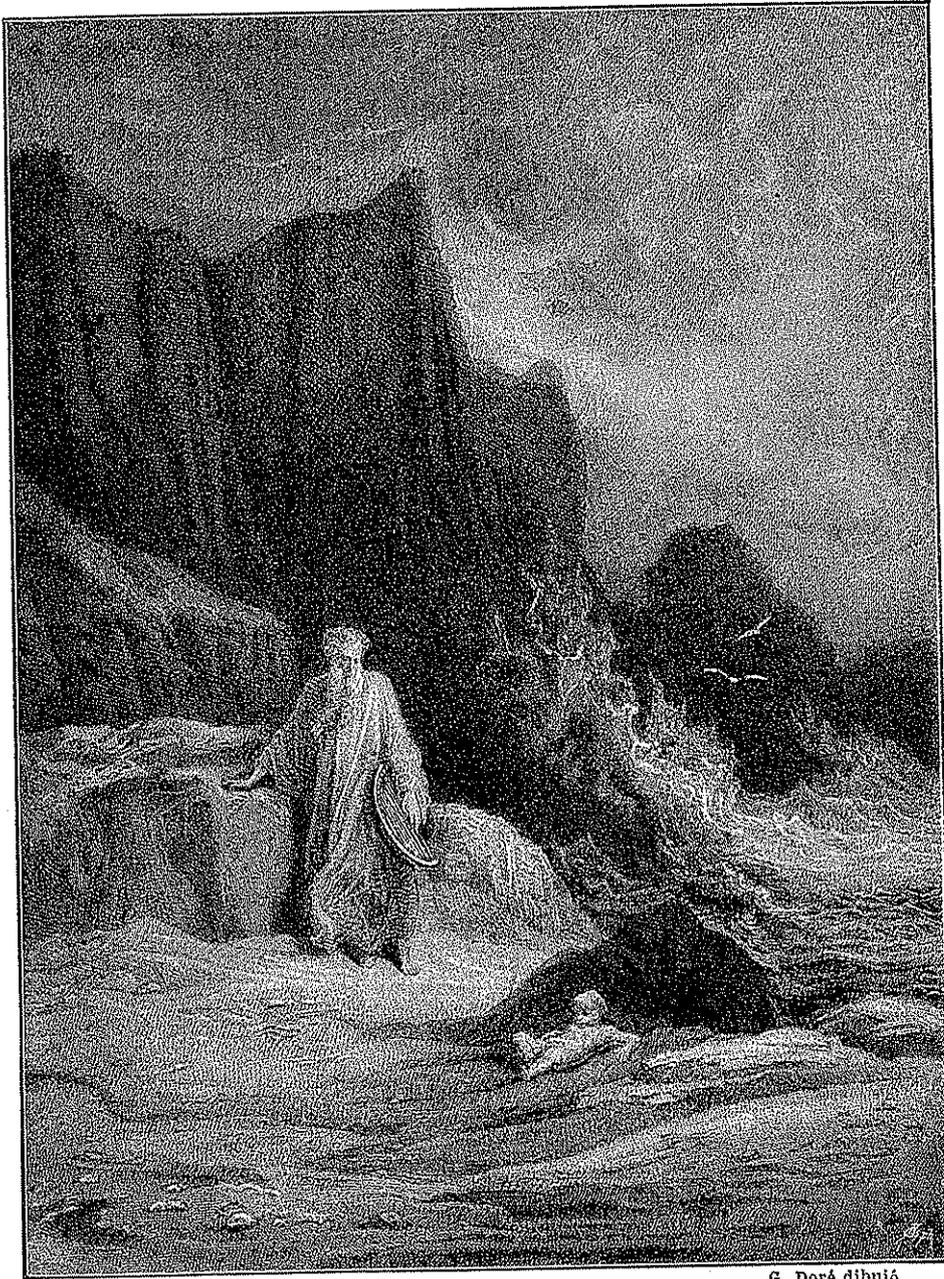
Merlín fué encantador, nadie lo ignora:  
Mas ¿quién le dió los mágicos poderes  
Con que obró sus prodigios? ¿Tiene ahora  
Poder alguno sobre algunos seres  
Súbditos suyos? ¿Vive? ¿Dónde mora?  
Si murió, ¿dónde, cómo? Pareceres  
Hay mil sobre esto y sobre todo hay datos:  
Pero de cierto, nada entre dos platos.

Lo que se cuenta de su fin no basa  
Más que sobre un rumor; su muerte ignota  
De relación quimérica no pasa.  
Mi cuento va á sondar en la remota  
Lobreguez del pasado y en la casa  
Del mago, por si logra alguna nota  
Á su historia añadir, que diga en suma  
Lo que no dijo de él lengua ni pluma.

---

Descuidó una verdad de data luenga  
De escritores el vulgo olvidadizo,  
Y es: «que hombre no hay que á tropezar no venga  
En la fruta de Adán: que escurridizo  
Suelo la vida es: no hay quien no tenga  
El corazón de barro quebradizo.»

ENCANTOS DE MERLÍN



G. Doré dibujó

Desde que niño le salvó en la playa..

¿Cuál fué el tropiezo de Merlín? ¿No hay huella  
De mujer en su historia? ¿Quién es ella?

Que los senderos ásperos descombre  
De su historia la pluma. Aquel portento  
De ciencia, que de ser goza renombre  
Dueño de tierra y mar, señor del viento,  
¿No tropezó jamás? Pues era hombre,  
¿Cuál fué su tropezón? Aquí está el cuento.  
Si tropezó Merlín, quedará huella  
De semejante tropezón. ¿Qué es de ella?

